

Los estudios de género y sus alcances

Jeanine Anderson
Universidad Católica del Perú

INTRODUCCIÓN

Celebrar el aniversario de un programa universitario de estudios de género es una alegría para toda la región. Ciertamente lo es para todas las personas preocupadas por las transformaciones progresistas en dimensiones de la equidad social, la democracia, la justicia y los derechos humanos, la libertad y el desarrollo. Un programa de este tipo contribuye con todos estos grandes ideales.

Tales programas –bajo distintos nombres que incluyen “Estudios feministas” y “Estudios de la mujer”– siguen siendo demasiado escasos. Los textos básicos que se leen en los cursos y las asignaturas son poco conocidos y utilizados en los cursos universitarios de las otras disciplinas “clásicas” y establecidas. El proceso de transformación de la educación superior es, en verdad, lento y resistido. La persistencia de un programa como el que celebramos hoy es un logro de sus integrantes y un honor para la institución que lo alberga.

¿Cuáles han sido, en el área andina, los aportes de estos programas? ¿Cuáles son los próximos pasos? ¿Cuáles son algunas ausencias que habría que tomar en cuenta en el desarrollo futuro de estas iniciativas?

Es importante reconocer los diversos procesos que se han dado en paralelo con la instalación de programas de estudio de las mujeres y el género

en las universidades. Han surgido los movimientos de mujeres en diversos estratos sociales: capas medias en primer lugar, mujeres populares, rurales, indígenas, y aun mujeres de los estratos más pudientes. Los primitivos proyectos de promoción de la mujer dentro de los esquemas de desarrollo se han transformado en proyectos matizados de género y desarrollo. Detrás de estos movimientos se hallan grandes esfuerzos por pensar la sociedad y su futuro; ellos expresan el gran compromiso consciente de muchas personas con la necesidad de replantear su propia vida y el “deber ser”. Al mismo tiempo, se han producido procesos sociales no planificados ni anticipados por nadie, que resultan difíciles de separar analíticamente.

Las universidades han dado la bienvenida a un contingente cada vez mayor de estudiantes mujeres. Han tenido que adecuarse a un aumento significativo en la demanda de estudiantes mujeres y, a veces, a los intereses particulares, las aspiraciones y las oportunidades que ellas identifican en su entorno. El hecho de que un número mayor de niñas terminan la escuela primaria, y una proporción cada vez mayor de mujeres jóvenes terminan la educación secundaria crea un flujo de postulantes que resulta interesante para el sector terciario: institutos superiores, escuelas técnicas y universidades, públicas y privadas, de todo tipo, calidad y posición filosófica.

Sabemos que la mayor parte de esta demanda se sigue dirigiendo –o sigue siendo llevada y conducida– hacia las carreras estereotípicamente femeninas: educación, enfermería, obstetricia, psicología, artes y trabajo social. Las instituciones han impulsado nuevas carreras “femeninas” que son una especie de desdoblamiento de las carreras femeninas del pasado; así, tenemos especialidades como la educación inicial que se desprenden de las carreras magisteriales, la especialidad de trabajo social gerontológico como refinamiento del trabajo social familiar y comunitario. No se observa un gran impulso hacia la apertura de carreras técnicas y científicas a más niñas y mujeres. Sin embargo, pese a todo, al incrementarse los números de mujeres que ingresan en la educación superior, es de esperarse que éstas se distribuirán a través de un abanico mayor de carreras, casi como un efecto ecológico, de búsqueda de espacio, o como consecuencia de la ley de probabilidades.

Al mismo tiempo, se ha dado un ímpetu importante a la producción de libros e investigaciones acerca de los cambios que se van produciendo

en los sistemas de género. Las relaciones entre los géneros son desde siempre uno de los temas que mueve los mercados de libros, la música, el arte popular y académico a la vez. La “guerra de los sexos” es un tema apasionante para el imaginario popular, que vende libros y telenovelas. Parte de esta producción consta de libros de “autoayuda” y consejos para hombres y mujeres que intentan vivir bajo lo que ellas y ellos interpretan como las nuevas condiciones de un mundo diferente, si bien no necesariamente más igualitario, con respecto a las relaciones y los roles de mujeres y hombres. El cambio se siente en el aire y hay que estar al corriente.

Las relaciones de hombres y mujeres constituyen, en realidad, uno de los grandes temas que ha movido el desarrollo de la ciencia y el conocimiento en el sentido más amplio. Volver sobre viejos textos clásicos para descubrir allí la presencia de las mujeres en su ausencia –una de las tareas que ha asumido el estudio académico de género– da cuenta de eso.

Aunque resulta más difícil de precisar, parecería que se ha dado, como otro de estos procesos en paralelo, un cambio de clima intelectual que ha abierto a las universidades a una nueva visión del mundo: más complejo, conflictivo, variado y poblado de voces subordinadas que pugnan por el reconocimiento; he ahí temas que concitan grandes energías intelectuales e institucionales. Se trabaja sobre diversas lógicas y líneas de diferenciación, jerarquización y desigualdad que existen en las sociedades latinoamericanas, como en la mayoría de sociedades del mundo entero. Aparecen con distintos nombres: poblaciones originarias, minorías étnicas, identidades raciales, grupos lingüísticos, opciones sexuales, nacionalidades, comunidades de inmigrantes y subculturas. La educación bilingüe ha retomado su lugar como una preocupación obligatoria de los sistemas educativos, y la educación intercultural, así como la salud intercultural, ganan terreno como propuestas. Frente a ello, algunos de los viejos proyectos cerrados, con respuestas únicas para seres humanos imaginados de una sola forma, han sido desacreditados. La presencia de estas otras identidades, individuales y grupales, ha creado un contexto extremadamente interesante y también desafiante para quienes trabajamos sobre las diferencias y diversidades asociadas al género.

Trágicamente, mientras el paisaje cultural e intelectual se abre a la diversidad, y filósofos y científicos sociales lidian con problemas de garantizar la libertad y la justicia para diferentes, la desigualdad socioeconó-

Jeanine Anderson

mica sólo parece incrementarse. La disyuntiva que ha trabajado Nancy Fraser (2003), entre otras, en relación con las mujeres, mantiene plena vigencia: reconocimiento o redistribución.

En el área andina, los movimientos de mujeres apoyados por actores desde la academia ganaron mayor injerencia en sistemas políticos; pero los sistemas políticos, entre tanto, se volvieron menos capaces de aplicar políticas efectivas. Las mujeres llegaron a ocupar cargos en gobiernos locales y nacionales que tienen cada vez menos iniciativa propia, debido a restricciones presupuestales o condiciones impuestas por organismos internacionales y las reglas del capitalismo global. El manejo de las economías y aun la seguridad de su entorno local escapan de las manos de las y los ciudadanos precisamente cuando se extiende el concepto de ciudadanía y se implantan mecanismos de participación antes imposibles.

ESCLARECER EL GÉNERO: LOS ACTORES Y LAS INSTITUCIONES

En estos años hemos presenciado la vasta expansión de nuestro conocimiento e importantes cambios en los paradigmas, ambos objetivos de los estudios de género. Hay que valorar el papel de las universidades y los centros académicos de investigación, al mismo tiempo que reconocemos el peso de muchas otras instituciones en estos esfuerzos. En el área andina, estas instituciones han sido diversas. Incluyen organismos gubernamentales seleccionados (no “los gobiernos” como tales), organizaciones no gubernamentales, por supuesto, centros de promoción de la mujer y la equidad de género, organismos internacionales, redes y movilizaciones de mujeres, e incluso algunas empresas privadas. Falta escribir la historia de las interacciones y aportes de todos éstos. Indudablemente, las historias serían bastante particulares por países y regiones o zonas dentro de los países.

Cronológicamente, los gobiernos han sido actores tempranos, en parte bajo la presión de los calendarios internacionales de las grandes conferencias de Naciones Unidas y los organismos de la cooperación internacional. Pienso en Perú (1975), en la convocatoria de la conferencia de México. En las universidades hubo pocas profesoras mujeres, y en las clases eran perfectamente aceptables las bromas pesadas sobre “quema de sostenes” y otros absurdos del movimiento feminista en el Norte. La Comisión Nacional de la Mujer, creada por el gobierno peruano para

preparar su participación en la conferencia de México, no tenía vínculos con las universidades; sí los tenía con el movimiento de mujeres vía algunas organizaciones de base (por ejemplo, campesinas) e incipientes ONG. Algunas –una minoría– de las miembros de la Comisión comprendieron que su primera tarea era influir en las políticas sectoriales del gobierno mismo. Encargaron estudios institucionales y revisiones críticas de los programas de sectores como salud, educación y agricultura.

El papel de las organizaciones no gubernamentales, de promoción de la mujer, inicialmente, y, luego, de desarrollo en general, es incuestionable. Ha sido documentado por muchas de las integrantes de estas organizaciones, incluso cuando ellas se han incorporado en programas académicos que les permitieron reflexionar sobre su acción. Estos actores y estas instituciones han llevado probablemente la parte fuerte de la comunicación hacia la sociedad de las nuevas propuestas para hombres y mujeres, sus motivos y sus estrategias. También sabemos que ellas guardan un material valioso de informes internos y evaluaciones que, poco a poco –es de esperarse– se irá colocando en el ámbito público como parte de la historia de las transformaciones sociales en nuestros países.

En 1995, tuve que hacer un balance de la investigación y publicación de libros sobre temas de mujeres y género para un seminario que festejaba los 30 años de la Facultad de Ciencias Sociales en la Universidad Católica del Perú (Anderson, 1995). Se publicaron unos cien libros sobre estas cuestiones en sus manifestaciones peruanas en los años comprendidos entre 1970 y 1994. Se pudieron identificar las instituciones que respaldaban las publicaciones (Ibíd.: 479-480). Tres universidades peruanas eran responsables de apenas el 12% de esta producción. La mayor parte pertenecía a organizaciones no gubernamentales de promoción de la mujer y el desarrollo (57%). El Estado peruano y algunas editoriales particulares tenían una participación que se emparejaba con la de las universidades, es decir, baja.

Un tema particular en el área andina es el interés que tiene esta región para estudiosos y estudiosas extranjeras. La zona andina y la Amazonía atraen a numerosos tesisas, jóvenes doctorandos de Europa, Norteamérica y Japón que suelen mantener una relación con la zona a lo largo de su vida profesional. Yo tengo que reconocer que mi propio recorrido es ejemplo de ese interés de las y los forasteros, aunque la mayoría no se quedan a vivir el resto de sus vidas en el país que estudian. Sin embargo,

Jeanine Anderson

muchos académicos y algunas académicas han vuelto una y otra vez. Así tenemos a los y las andinistas y especialistas en la realidad amazónica desde diversos ángulos: sus sociedades, prácticas culturales, medio ambiente, economía, arqueología y perspectivas de desarrollo. Han sido estudiosos de temas como la comunidad campesina, las economías de los países andinos, los procesos de urbanización y formación de barriadas, el arte popular o la migración interna e internacional.

Una minoría –pero minoría creciente– de estos estudiosos extranjeros han enfocado sus investigaciones en los sistemas de género de la región. Incluso, algunas mujeres realizaron estudios sobre temas de género cuando éstos todavía no se habían puesto en la agenda de las universidades locales. Pienso en Carmen Diana Deere en Cajamarca, Perú, y en sus colaboraciones con Magdalena León. Pienso en Caroline Moser de Guayaquil, Ecuador, quien llevó de esa experiencia preocupaciones que plasmaría más tarde en sus proyectos de formación de cuadros para la planificación con enfoque de género y luego los temas de estudio que planteara desde su cargo en el Banco Mundial. Elsa Chaney, recientemente fallecida, recorrió los problemas de la participación política de las mujeres en Chile y Perú, y seguidamente inició una larga línea de investigación y acción alrededor del trabajo doméstico de niñas y mujeres.

Indudablemente, surgen dudas y discrepancias alrededor de las interpretaciones de América Latina, hechas por personas que no viven aquí y cuyo acceso a información puede cuestionarse más allá de su capacidad de comprensión. Un libro que se halla en las bibliotecas de innumerables programas de estudios de género en Estados Unidos y Europa es el de Carol Andreas, *When Women Rebel: The Rise of Popular Feminism in Peru*. Presenta interpretaciones tendenciosas y poco matizadas de varios eventos de los ochenta, incluso el surgimiento de Sendero Luminoso. El libro se distribuyó muy ampliamente en esa década, y por ser uno de los pocos que existían en inglés, fue comprado y utilizado pese a sus muchas deficiencias.

En eso influye el imaginario que se maneja sobre América Latina en muchos círculos en el Norte: es la región de las revoluciones y protestas, la mayoría fallidas, y en donde nunca se pierde la esperanza de voltear el mundo de cabeza, por más que se sufre en el intento. Ese mismo imaginario no está muy lejos de algunos de los textos y antologías que siguen leyéndose y produciéndose en centros y programas de estudios de

género en países fuera de la región. Influyen en ello la falta de puentes firmes y anchos entre un mundo académico y otro y, demasiadas veces, la falta de respeto desde la academia en el Norte por el trabajo que se realiza en el Sur. Un ejemplo de estos problemas, que no dudo tocará una membrana muy sensible en Colombia, es el reciente artículo publicado en *Signs*, en un número especial sobre “Culturas de desarrollo (*Development Cultures*)”, titulado “Gendered Webs of Development and Resistance: Women, Children, and Flowers in Bogotá” (Talcott, 2004). La autora se da el lujo de discutir dos temas que han sido ampliamente investigados y teorizados por académicas y ONG colombianas, como el empleo de mujeres en la industria de las flores o las madres comunitarias de los centros infantiles del ICBF, sin citar una sola referencia que da cuenta de ese trabajo.

Una conexión más interesante y más prometedora concierne a la circulación de estudiosas de género entre los diferentes países de América Latina. A veces estos recorridos están marcados por historias de exilio y retorno. Mary García Castro ha realizado estudios en Colombia, en Brasil y en Nueva York, específicamente, sobre inmigrantes colombianas en Nueva York. Rosario Aguirre, uruguaya, autora de uno de los pocos libros de texto en castellano que se usa en cursos de Sociología de género (Aguirre, 1998), pasó muchos años en Ecuador. Como en el caso de las “andinistas” y “amazonistas”, “peruanistas”, “bolivianistas”, “ecuatorianistas”, y “colombianistas” del Norte, aquí también los ejemplos son muchos. Se ha creado un potencial muy grande para la realización de estudios comparativos y para actividades de docencia que aprovechan el conocimiento fino que una misma persona tiene a raíz de haber vivido en dos, tres o más lugares durante una cantidad de años.

Hay dos actores cuyo papel es difícil de evaluar y sobre los cuales sabemos poco. Uno de ellos son las organizaciones populares y las “mujeres comunes” que aportaron a las investigaciones y al cambio de clima y pensamiento al que me referí líneas arriba. No dudo que las mujeres rurales, mujeres de zonas populares urbanas, mujeres indígenas y de todos los grupos subalternos que podrían nombrarse o imaginarse, han contribuido en la construcción de un nuevo conocimiento y nuevas interpretaciones sobre las relaciones de género en nuestros países. El reto es rastrear estas influencias cuando las ausencias, los silencios y la falta de construcción de puentes resultan más visibles. Creo que todas, probablemente, estaríamos de acuerdo en que no se hace lo suficiente para

Jeanine Anderson

democratizar el conocimiento, para hacer que éste fluya en doble vía, para dar crédito a la experiencia vivida de tantas mujeres y tantos hombres sin voz, y para tomar en serio los análisis y las interpretaciones que las propias personas hacen sobre su realidad.

También le ha incumbido un papel difícil: evaluar al sector privado. Nuestro sesgo es, supongo, subestimar su influencia, para bien o para mal. En Perú, las empresas privadas, pequeñas y grandes, han dado dinero en forma anónima para apoyar proyectos con mujeres y para subvencionar investigaciones; ocasionalmente han experimentado con nuevas políticas laborales para favorecer a las mujeres y la equidad. De la misma manera, han propagado mensajes publicitarios trasnochados y denigratorios; a veces han ridiculizado las propuestas de equidad o, tomándolas en serio, han dictaminado que serían demasiado costosas para implementar. No sabemos qué clase de aliados podríamos tener en este sector. Tampoco hacemos mucho para convencerles de que nosotras somos personas razonables, dispuestas al diálogo.

He pasado rápida revista a algunos de los actores y las instituciones que pueblan el paisaje alrededor de los programas académicos de estudios de género e investigación sobre temas afines. Existen muchos más que merecerían estar, especialmente para determinados temas, localidades o acciones. Para todos vale la generalización: tendrían que ponerse en movimiento, entrar en contacto, chocar los unos contra los otros, intercambiar sus productos y métodos. Como Tinker (1990) sostiene al dar cuenta de los pasos recorridos en la última oleada del feminismo internacional, importa menos quiénes son los actores e importa más cómo, dónde y cuánto interactúan y se interrelacionan. En toda la región andina, Colombia, y específicamente Bogotá, puede mostrar la historia más lograda de creación y sostenimiento de formatos para este tipo de intercambio: el seminario que se constituyó alrededor del proyecto de “La mujer en la gerencia en América Latina”, coordinado por Rosa Bernal y Luz Gabriela Arango en la Universidad de los Andes.

LA UNIVERSIDAD

Es en escenarios del tipo que he querido esbozar en donde les tocó a las universidades actuar. Les cabía realizar una serie de funciones que no estaban al alcance de otras instituciones y actores. Entre ellas están:

Investigar

Se creaban las condiciones para poder llevar adelante un tipo de investigación más orientada a la construcción de conceptos y teoría, antes que al diagnóstico de problemas y la prueba de soluciones a los mismos. Los estudios serían de mayor envergadura, y metodológicamente podrían ser más cuidadosos y pulcros, organizándose equipos de investigación en los cuales las investigadoras jóvenes se entrenaban y precisaban sus propios intereses y estilos de trabajo.

Acumular

Las universidades son especializadas en reunir, conservar, catalogar y poner a disposición acervos de información de muchos tipos. Tienen infraestructura, personal y tradición para eso. Aunque se creaban en varios países centros de documentación de los movimientos de mujeres –por ejemplo, el Cendoc Mujer en Perú, que acaba de cumplir 20 años– los archivos y las bibliotecas son un recurso indispensable. La organización de bibliotecas especializadas ha traído a la región la producción internacional sobre los sistemas de género. Hasta cierto punto, las universidades han propiciado la traducción de libros y artículos clave.

Evaluar

Estando fuera del mundo del desarrollo¹⁸, las universidades pueden analizar este importante ámbito de investigación, aplicación, evaluación y teorización. No cabe duda que “el desarrollo” hace referencia a una diferencia de enormes implicaciones entre la actividad académica en el Norte y la actividad académica en el Sur. Casi ninguna disciplina en países como los andinos puede escaparse de la obligación de decir algo sobre la situación de los países y sus faltas frente a los ideales de proveer las condiciones básicas de libertad, tranquilidad y bienestar para sus habitantes. Los estudios de género no son una excepción. Ha sido muy importante instalar en las universidades la capacidad para siste-

¹⁸ Evidentemente este estar “fuera” no es estrictamente el caso, ya que muchas/os docentes participan en proyectos de desarrollo o realizan evaluaciones de los mismos en su capacidad privada. En algunos casos se establecen convenios entre universidades y entidades de cooperación al desarrollo, o entre universidades y ONG, que cubren diversos roles de las universidades en relación con proyectos de intervención.

matizar los esfuerzos de desarrollo con y para las mujeres, así como la capacidad para criticar con criterios explícitos e independientes lo que se hace y cómo se hace. Es especialmente relevante en esta conexión el lograr posiciones desde las cuales se puede observar el complejo mundo del desarrollo, incluyendo dentro de ello a los poderosos organismos internacionales y bilaterales como otros actores más, con intereses y objetivos propios.

Enseñar

Es obvio que las universidades tenían siempre que asumir su parte de la enseñanza y la formación en temas y problemáticas de género. Recordamos los cursos de capacitación que se vienen ofreciendo en ONG y organismos gubernamentales desde hace mucho tiempo. Los objetivos y las estrategias pedagógicas son muy diferentes. Cabe recordar también que la docencia realizada en las universidades no se limita a lo que ocurre en las aulas durante cursos que tienen etiquetas como “Antropología de género” o “Género y literatura del siglo XX”. La discusión en clase de textos olvidados o menospreciados redunda en muchos otros niveles. Pone sobre aviso a los antiguos profesores acerca de “algo” que necesitan incorporar en su pensamiento, sube la vara de la calidad y legitima experiencias fuera de la academia que no tenían cabida. Sin embargo, sabemos hay un largo camino que recorrer hasta que estos impactos sean suficientemente fuertes y duraderos. En aulas universitarias en Perú, se sigue observando cómo los alumnos varones se corren de las clases donde perciben que se va a hablar sobre “las mujeres”. Una masa compacta de alumnas mujeres introduce cambios en la dinámica del aula que no siempre son positivos. Estimulan la hostilidad de estudiantes varones que están acostumbrados al estrellato.

LOS TEMAS

Para el mismo balance de libros publicados sobre la mujer y el género en Perú entre 1970 y 1994, al que me referí líneas arriba (Anderson, 1995), se hizo la agrupación de los temas por orden de frecuencia (1995: 481). El tema de trabajo encabezaba la lista, seguido por la educación y salud, luego por el tema de la familia, la pareja y las mujeres jefas de hogar. Los temas que tenían una representación intermedia fueron relacionados con el movimiento de mujeres y la participación política; las políticas gubernamentales y legislación; las mujeres campesinas de los Andes y

las mujeres y los servicios sociales, incluidos los comedores. Los temas que habían sido poco trabajados abarcaban la historia de las mujeres; la violencia y los derechos humanos; metodologías de promoción de las mujeres. Indudablemente, de haberse podido incluir además de libros, publicaciones menos formales (y costosas), más cortas (artículos, ponencias) y más efímeras, el balance de temas hubiera variado notablemente. Pese a todo, la distribución hallada da una indicación de los intereses y las prioridades de quienes investigaban y publicaban acerca de la mujer y el género en esos años.

La distribución peruana de temas y el retrato que se obtuvo sobre las entidades que impulsaban la investigación sobre el género fue contrastada con situaciones similares en los otros países de la región en una reunión que organizó el Centro de Estudios de la Mujer junto con Cepal en Santiago en el mismo año (Guzmán y Hola, 1996). No había la misma compilación de estadística en los otros casos pero, a nivel de impresiones, se concordó en que el orden peruano de prioridades no estaría demasiado lejos de lo que podría caracterizar a otros de los países. Los temas de familia y de las identidades femeninas y masculinas habrían sido relativamente mejor cubiertos en algunos. En otros, serían los temas vinculados a las políticas públicas, la pobreza femenina y el acceso a la educación, salud y otros servicios.

Tales distribuciones pueden compararse con fuentes como los índices de la revista académica decana en la materia, referente sobre todo para la comunidad de estudios de género de Estados Unidos y Canadá, *Signs: Journal of Women in Culture and Society*. Pueden contrastarse con un inventario y glosario de los términos usados en la investigación de género en una etapa mucho más reciente (Andermahr *et al.*, 1997). Este último refleja claramente el giro posmoderno y la concentración del interés de las investigadoras de los estudios de género de los países centrales en cuestiones de sexualidad e identidad, filosofía y ética. Los libros de literatura sobre mujeres y género, las diferentes disciplinas y actividades artísticas ocupan sin duda un espacio cada vez más grande en los países centrales y en América Latina.

Uno de los principales objetivos que tenemos, al llevar inventarios de este tipo y al reflexionar sobre el recorrido de los estudios de género, es identificar los problemas que surgieron y ubicar sesgos, fallas y ausencias, a fin de corregirlos en el futuro. Yo creo que tenemos grandes errores con respecto a algunos temas, especialmente en los que nuestros

Jeanine Anderson

deseos sobrepasaban largamente lo que la realidad podía dar. En situaciones de este tipo, quisiéramos pensar que los mecanismos de control propios de la academia –autocontrol y control entre colegas– serían suficientes para evitar los problemas. Las reglas del método de investigación en cualquier campo, literatura, filosofía, física o sociología, deberían cumplir esa función. Las obligaciones que tiene cada docente de revisar fuentes diversas, desde diferentes posiciones, antes de pronunciarse en clase, la revisión bibliográfica que se impone antes de producir un artículo o ensayo, también son mecanismos diseñados para evitar errores. Finalmente, la vigilancia amigable entre colegas contribuye al mismo fin.

En mi criterio, el caso más notorio de falla de todos estos mecanismos de defensa contra el error y el sesgo tiene que ver con la participación de mujeres pobres en los programas sociales antipobreza que se implantaron en nuestros países a la sombra de las reformas del Estado y las políticas económicas neoliberales. Hubo un gran desánimo: los proyectos que implicaban ofrecer desde los Estados servicios universales de buena calidad de educación, salud, seguridad social, cuidado infantil, saneamiento y manejo del medio ambiente, seguridad pública, parecían causas perdidas. Ganó terreno la idea de que las mujeres pobres, excluidas de la educación formal, desplazadas muchas veces de sus lugares de origen, podrían tomar control de sus destinos prestando un servicio voluntario en diversos programas de asistencia. Oportunidades hubo, muchas y variadas. La mayoría de países incorporaban a mujeres pobres en sus programas de salud como promotoras; recibían capacitación pero no recibían una remuneración. Algunas de ellas renunciaban al pequeño ingreso que habían obtenido poniendo inyecciones, dando consejos sobre salud y atendiendo los partos de sus vecinas.

En otros casos, las oportunidades se presentaban en el campo de la atención de cuidado y educación a la infancia. En Perú los wawawasi incorporaban a animadoras a cambio de una propina y bajo el entendimiento de que no reclamarían derechos laborales ni el derecho a la organización gremial. En Colombia, las madres comunitarias de los centros del ICBF trabajaban en condiciones de mayor autonomía, pero con una fuerte cuota de voluntarismo. En varios países surgieron los comedores comunales, panaderías y programas de desayunos y lonches, todos organizados sobre cálculos de mano de obra femenina gratis o de bajo costo, recompensada en especie, con pagos fuera de regímenes normales

de empleo, o simplemente con honores. A cambio, se decía, las mujeres saldrían de su encierro doméstico, aprenderían sobre sus derechos ciudadanos, ganarían el reconocimiento de sus esposos y comunidades, y surgirían como líderes¹⁹.

Pudo haber sido así; en algunos casos, todavía no se ha visto el final. En otros, sin embargo, queda claro que los resultados positivos de esta forma de incorporación de las mujeres en los programas sociales de las últimas décadas no se han dado. Los comedores en Perú han quedado en manos de pequeños grupos de mujeres en las localidades donde funcionan. Bajo fuerte sospecha de corrupción y clientelismo político de sus vecinas y vecinos, ellas hacen lo posible para perennizarse en las listas gubernamentales de receptores de insumos.

Este no es el lugar para decidir sobre las muchas cuestiones relacionadas con estos programas sociales, que tocan a las relaciones de género y los proyectos de emancipación, participación e igualdad para las mujeres. Sí es el lugar para preguntar por qué la investigación que llevábamos adelante fue tan poco capaz de descubrir las debilidades en las hipótesis iniciales y tan poco hábil en ubicar los problemas para las mujeres pobres que fueron convocadas a trabajar como promotoras, animadoras y voluntarias.

MÉTODOS Y ABORDAJES

El caso que acabo de mencionar pone de relieve el problema del método; en este caso específico, las metodologías de investigación que empleamos y los procedimientos que usamos para la elaboración de teoría. El método es un tema central para el trabajo académico. Respecto a los estudios de género, es central y también controvertido.

Recuerdo haber visitado el Centro de Estudios de la Mujer en Chile en los años setenta, donde escuché los debates que estaban promoviendo acerca de metodologías de investigación sobre las mujeres. En esos años hubo mucha discusión fuera de la región sobre la necesidad de cuestionar radicalmente los métodos de las ciencias sociales que parecían culpables de tantos errores de sesgo, interpretación y omisión. En cierto modo, el resto de las

¹⁹ Lieve Dieran, investigadora belga, ha realizado una evaluación de varios de estos programas recientemente para Cepal. Ella señala varios de estos puntos “a favor” y “en contra”.

ciencias sociales se puso a la altura de las nuevas prácticas en los estudios de género: el uso de testimonios e historias de vida, el aceptar como verdadera la interpretación que hace la propia persona de su experiencia (entre otras “verdades”), el privilegiar el punto de vista del subordinado en una relación de poder (Smith, 1986). El enorme desarrollo de los métodos cualitativos se ha dado en paralelo con el desarrollo de los estudios de género.

EL MÉTODO DE INVESTIGACIÓN

Los debates sobre métodos, sobre cómo decir la verdad y a quién decirla, no han terminado. No obstante, indudablemente hay grandes ganancias en la amplitud de técnicas que podemos usar para hacer registros de la realidad, y para interpretarla desde diferentes actores y perspectivas. Tenemos mayor claridad sobre la necesidad de aplicar lo mejor de nuestros métodos al análisis de los métodos mismos.

El problema del lenguaje es un ejemplo. De antemano, tendríamos que sospechar que la relación con el lenguaje escrito y hablado sería diferente para mujeres y hombres, socializados de diferentes modos para desempeñarse en diferentes roles y entornos; incluso, con un acceso diferente a la escuela. Hay bastante evidencia que sugiere que los estilos retóricos de hombres y mujeres son diferentes. Éste es un tema que se ha estudiado bastante en poblaciones angloparlantes de Inglaterra y Norteamérica. Me temo que en nuestros cursos universitarios mandamos a leer estos estudios y repetimos sus hallazgos como si hubieran descubierto patrones universales. Entre éstos estaría, por ejemplo, la constatación de que los hombres hablan más, a comparación de las mujeres, colocan temas en agenda más veces que las mujeres, e interrumpen más²⁰.

Entre tanto, la complejidad de la relación con el lenguaje de mujeres y hombres en todos los países andinos está a la vista y parece recorrer dimensiones muy distintas de las que aparecen en la mayoría de textos en la materia. Las experiencias con la escuela y la escritura pueden ser sumamente violentas; para muchas mujeres, son experiencias truncadas

Jeanine Anderson

²⁰ Esa “verdad” no se constata, en forma consistente, en todos los estudios en poblaciones anglohablantes del Norte, sino que algunos demuestran lo contrario. La afirmación se ha vuelto “verdad” gracias a la repetición sin cualificadores y sin contextualización.

y frustrantes (Zavala, Niño-Murcia y Ames, 2004). Apenas comenzamos a registrar lenguajes corporales y gestuales de mujeres de diferentes estratos, ocupaciones, hábitos de vida, lugares y proveniencia. ¿Qué ocurre con una mujer quechua hablante que, luego de algunos años de vivir en una ciudad andina donde impera un dialecto regional del castellano, se va a trabajar como cocinera en un restaurante de Boston? ¿Qué decir de las mujeres aymara de Bolivia, trilingües en quechua, aymara y castellano, que hacen viajes de comercio hacia Europa? ¿Y lo mismo los hombres y las mujeres de Otavalo en el norte de Ecuador?

En las investigaciones con mujeres rurales de la sierra andina, nos enfrentamos con retos metodológicos dignos de bibliotecas enteras y repetidos seminarios internacionales. ¿Qué mundo de ideas y sentimientos entrecruzados está detrás del discurso de una mujer de la sierra de La Libertad, un trozo del cual reproduzco a continuación? Ella es una entre decenas de mujeres que fueron entrevistadas para una investigación sobre los servicios de salud en las comunidades rurales de Perú, cuyo objetivo fue promover la capacidad de las usuarias y los proveedores de servicios de entenderse mejor:

(Entrevistadora: ¿Por qué le dice (el personal del centro de salud) que es bueno no tener muchos hijos?)

Nos dice, los niños, ya deben cuidarse, dice para que ya no tengan más niños.

(¿Por qué?)

¿Por qué será, pues, señorita?

(¿No le explica por qué?)

Que dice, ya, los niños sufren, desnutridos.

(¿Y usted qué piensa de esto?)

Y por eso ellos nos dijo que nos daban alimentos para los niños que están desnutridos.

(¿Y por qué no les están dando entonces?)²¹

Pero no me dan. Yo también he estado desnutrida pero no me han dado.

(¿Y les han explicado por qué no le dan alimentos para los niños?)

Ya no he ido, señorita, pues. Ya no le pregunté también pues. Siempre he ido a la posta pero ya no le he preguntado si siguen dando. Siguen dando o ya no darán.

(¿Por qué se avergüenza preguntar?)

Yo de hecho voy a ir a ver si... porque sí me dijeron “vienes en julio, te damos tus alimentos”, a recibir alimentos.

Jeanine Anderson

²¹ Se constató previamente que un programa de asistencia alimentaria que manejaba el centro de salud había dejado de funcionar regularmente.

(¿Y usted fue?)

Me dijeron “te estamos comunicando”.

(¿Por qué, para usted, es importante recibir los alimentos para los niños desnutridos?)

Señorita, hay veces nos da vergüenza pues.

Las personas que han trabajado en zonas rurales de cualquiera de los países andinos reconocerán los giros e *impasses* en esta conversación. Trae a la mente la pesadilla de innumerables intercambios similares, incluso algunos totalmente fallidos. El “no sé” y el “¿cómo será?” son frases que hemos aprendido a temer. En cambio, una conversación como la citada logra mantenerse en movimiento durante un tiempo considerable; la entrevistada parece estar en buena disposición, y ella cuenta con una motivación propia para expresar sus quejas frente a los servicios de salud locales. No obstante, textos como éste reflejan las enormes dificultades para entender y hacerse entender. Están las frases que frenan una línea de indagación (“¿Por qué será, señorita?”), y posiblemente registran la protesta de la entrevistada frente a un intercambio en el que ella se siente forzada. En el ejemplo, la entrevistada hace un hilvanado de ideas acerca de la posta médica y su programa de alimentos (¿Por qué solamente para los niños? ¿Por qué se excluye a las mujeres como yo, que también somos desnutridas? ¿Por qué el personal se niega a darme a mí, en particular, la información?), mientras que la entrevistadora persigue otro hilvanado (¿Qué relación establece la entrevistada entre tener muchos hijos y la desnutrición infantil? ¿La señora ha hecho lo indicado para mantenerse en el programa de asistencia alimentaria? ¿Es realmente elegible?).

AUDACIA, ALCANCE, CONTUNDENCIA

Una cosa son los métodos; otra es el diseño de las investigaciones. La arquitectura de la investigación anuncia sus ambiciones teóricas y da sustento a las mismas. Una arquitectura fuerte permite hablar –aunque con reserva, siempre– de factores causales o de antecedentes probables. Hace posible elaborar modelos teóricos y caminos de dependencia entre variables. Permite, con cierta seguridad, generalizar los resultados de un estudio respecto a unidades mayores: poblaciones, eventos similares, situaciones repetidas. Facilita desplazarse de la teoría local y restringida hacia el plano de teoría de mediano alcance. Aumenta las posibilidades de captar los procesos en movimiento de “sistemas complejos, dinámicos y no lineales”: el objeto de nuestras indagaciones.

La historia de la investigación sobre sistemas de género en América Latina, por desgracia, no siempre fomentó la audacia requerida. En las primeras épocas, las investigadoras mujeres y los equipos mixtos que propusieron investigaciones sobre cuestiones de género tenían muchos motivos para quejarse respecto a los montos de dinero que se apostaban en este tipo de estudios. Los presupuestos para investigaciones de casi cualquier otra índole eran mayores. Eso se constataba, por ejemplo, en los informes anuales de las entidades de cooperación. Correspondientemente, los estudios que se realizaban solían ser de pequeña escala. Se hacían estudios biográficos, estudios de caso, de una sola comunidad, de un grupo de mujeres, de pocas familias.

El hábito se instaló y, hasta hoy, los diseños que se emplean en las investigaciones en el terreno del género suelen dejar escapar oportunidades para convertirse en estudios de mayor alcance y mayor contundencia. Se usa el estudio de caso sin un segundo caso que presenta contrastes sistemáticos con respecto a las variables cuyo comportamiento se quiere conocer. Se deja de lado el proceso histórico que llevó a la situación actualmente observada. Se trabaja en forma confusa la relación entre actores y estructuras²².

Charles Tilly, historiador social de gran influencia y grandes aportes en una gama de temas y desde perspectivas poco usuales para la academia estadounidense, hizo hace dos décadas una especie de llamado de atención a las ciencias sociales: según este autor, éstas en general carecen de audacia. El título del libro donde Tilly (1984) planteó sus quejas expresa la hoja de ruta que él recomendó: *Big Structures, Large Processes, Huge Comparisons* (*Estructuras grandes, procesos enormes, comparaciones gigantescas*). Centeno y López-Alves –latinoamericanos de los que no viven en América Latina– toman las ideas de Tilly como su inspiración para producir una colección de artículos que pasan revista a la región a través del filtro de “grand theory” (Centeno y López-Alves, 2001). Su libro se mueve en un mundo de teóricos masculinos (Weber,

²² Sin duda, estas mismas críticas podrían hacerse a buena parte de la investigación social en la región y la de otros lados. La discriminación entre “actores” o “agentes” es fácil de enunciar teóricamente; no es nada fácil trabajarla en una investigación empírica. Es más: los estudios de caso –sin preocuparse por manejar puntos de comparación– son la orden del día en las muchas antologías sobre “mujeres de América Latina” que se producen en el mundo académico británico y estadounidense. No se trata, entonces, de un problema meramente de presupuestos.

Foucault, Polanyi, Samuel Huntington, Barrington Moore, Benedict Anderson, Michel de Certeau, y sus herederos, oponentes y sucesores). Es mujer apenas la co-autora de uno de los capítulos entre doce autores que contribuyen al libro. Ninguno de los capítulos enfoca un tema que aluda siquiera de reojo a alguna de las cuestiones que han concitado la atención de la investigación sobre los sistemas de género en la región.

Las omisiones en el compendio de Centeno y López-Alves son imperdonables, a estas alturas del juego, y son omisiones en las que Charles Tilly no incurriría. Su producción, al contrario, ha sido bastante sensible a la problemática de género²³. La ausencia de la misma en el tomo que pretende aplicar sus enseñanzas al análisis de América Latina, sin embargo, sugiere el largo camino que todavía nos queda hasta lograr la presencia de los temas de género en la corriente principal de las ciencias sociales y, más allá de ellas, el pensamiento y reflexión sobre la región.

Tengo la impresión de que nos hubiera ido mejor en nuestros esfuerzos por construir conocimiento sobre los sistemas de género en América Latina, de haber tomado en cuenta la llamada de Tilly. Ambicionar documentar, analizar y explicar estructuras grandes, procesos enormes y comparaciones gigantescas no está mal como meta. Nos podría inspirar a formular hipótesis más contundentes respecto a cuestiones críticas para los estudios de género en la región. Al mismo tiempo, nos podría ayudar a evitar algunos de los errores, sesgos y omisiones que quise identificar anteriormente.

Muy rápidamente, y sin autocensura, el cuadro intenta plantear algunas posibilidades:

Temas y cuestiones	Replanteamiento de métodos
Mujeres y política: participación política, representación en los gobiernos, demandas políticas de las mujeres. Cuotas y otros mecanismos para incrementar la representación de mujeres. “Activos políticos” de las mujeres. Sistema judicial y su papel.	Comparaciones gigantescas. Países enteros y cómo organizan sus órganos de gobierno, estructuras políticas, procedimientos y “culturas” políticas. El funcionamiento real de tales entidades y mecanismos.

Jeanine Anderson

²³ El hecho de haber sido esposo de un miembro de la pareja Louise A. Tilly y Joan W. Scott, autoras del clásico *Women, Work and Family* (Holt, Rinehart and Winston, 1978), indudablemente le proporcionaba luces sobre estas materias.

Temas y cuestiones	Replanteamiento de métodos
<p>Feminismo y clase, feminismo popular. Los movimientos, sus demandas. Estrategias, objetivos y potencial. Variantes dentro de “lo popular”, relación con el feminismo de sectores medios y pudientes. Líneas de división étnica y racial que atraviesan todos los grupos. Modos de expresión del feminismo popular y todos los otros feminismos.</p>	<p>Procesos enormes. Relaciones de clase entre mujeres por el cambio en diferentes países, regiones, épocas, contextos. Los intereses compartidos frente a las diferencias: cómo se desarrollaron las competencias y los conflictos. Culturas de protesta, de subalternidad, imaginarios de cambio.</p>
<p>Mujeres y pobreza: “estrategias de sobrevivencia”, participación en programas de asistencia, formas de crecer y asumir liderazgo, microemprendimientos y microcréditos, capacitación laboral. Rutas de escape de la pobreza.</p>	<p>Comparaciones gigantescas. La pobreza en todas sus variantes y en todos sus contextos. Tipos de pobreza de mujeres dentro de esto. Causas y consecuencias, interacciones con otros factores de discriminación.</p>
<p>Género y trabajo: mercados laborales segmentados, formación laboral y socialización de niñas y mujeres para el trabajo, discriminación. Empleo femenino en la economía globalizada (maquila, migración, “care drain” hacia países ricos).</p>	<p>Procesos enormes. Transformaciones (complejas, multideterminadas) en las economías en marcos temporales cortos, medianos y largos. Cambios en economías políticas y el acceso de diferentes actores a las decisiones.</p>
<p>Subjetividades, identidades, autopercepción. “Esquemas” aprendidos y sus procesos de aprendizaje. Masculinidades y sus cambios. Estructuras que determinan los procesos de construcción de las identidades.</p>	<p>Grandes estructuras. Ideologías, sistemas de ideas, hábitos, climas mentales. Tramos, redes, tejidos de significados que se asocian a roles de género.</p>
<p>Reconocimiento y redistribución. Sistemas de prestigio y valor, su reproducción. El lenguaje y sus categorías. Lenguajes simbólicos.</p>	<p>Grandes estructuras. Sistemas de género en su dimensión de sistemas de valor y de clasificación. Sistemas de desigualdad que se apoyan en ideas sobre el merecimiento, la “naturalidad” y sobredeterminación de las jerarquías</p>
<p>Mujeres, hombres y el Estado: economía y ética del cuidado. Políticas sociales y sus raíces. Roles de hombres y mujeres en esferas públicas.</p>	<p>Comparaciones gigantescas. Países enteros con su evolución histórica. Formación de “lo público” y acuerdos sobre la división de responsabilidades en el triángulo Estado-familia-economía.</p>

Jeanine Anderson

CONCLUSIONES

Algunos de los proyectos que más se han acercado al objeto de mis provocaciones –grandes estructuras, procesos enormes, comparaciones gigantes– han involucrado a investigadoras colombianas y específicamente investigadoras de la Universidad Nacional de Colombia. Pienso en los estudios sobre procesos agrarios y el impacto para las mujeres de los diferentes sistemas de tenencia de la tierra en los países de la región, de Magdalena León y Carmen Diana Deere. Pienso en la investigación comparativa sobre masculinidades y paternidades en la que participó Mara Viveros y su equipo. Sin duda que existen otros ejemplos que no he llegado a conocer con el mismo detalle.

Respecto a los problemas de lenguaje y otros problemas de método y sus implicancias teóricas, pienso en Gabriela Castellanos en UniValle. Seguramente las metodólogas de esta y otras universidades colombianas, y otras de la región, tendrían sus propios aportes en una discusión sobre las dificultades y potencialidades de esa línea de trabajo.

Las ambiciosas metas, entonces, no son inalcanzables; tampoco las salidas a dilemas metodológicos complicados y reacios. Al contrario: todas identificamos en la existencia de programas “hermanos” de estudios de género en los otros países y otros centros académicos, la esperanza de aunar esfuerzos. Ojalá que los encuentros como el que nos ha traído hasta Bogotá ahora puedan intensificarse. Ojalá que nuestras publicaciones y ponencias pudieran circular mucho más libremente en la región y fuera. Ojalá que pudiéramos constituirnos en una suerte de seminario virtual permanente, aprovechando la expansión de conocimientos y perspectivas que eso nos aportaría. De esa manera, se hacen mundos mejores.